

JOHN MACARTHUR

Autor de éxitos de ventas según el *New York Times*

EL
PODER
DEL
SUFRIMIENTO



LIBROS DE JOHN MACARTHUR PUBLICADOS POR PORTAVOZ

<i>¿A quién pertenece el dinero?</i>	<i>Nada más que la verdad</i>
<i>El andar del creyente con Cristo</i>	<i>Nuestro extraordinario Dios</i>
<i>El asesinato de Jesús</i>	<i>El Pastor silencioso</i>
<i>Avergonzados del evangelio</i>	<i>Piense conforme a la Biblia</i>
<i>La batalla por el comienzo</i>	<i>Los pilares del carácter cristiano</i>
<i>Cómo obtener lo máximo de la Palabra de Dios</i>	<i>El plan del Señor para la Iglesia</i>
<i>Cómo ser padres cristianos exitosos</i>	<i>El poder de la integridad</i>
<i>Cómo sobrevivir en un mundo de incrédulos</i>	<i>El poder de la Palabra y cómo estudiarla</i>
<i>El corazón de la Biblia</i>	<i>El poder del perdón</i>
<i>De tal manera amó Dios...</i>	<i>El poder del sufrimiento</i>
<i>La deidad de Cristo</i>	<i>¿Por qué un único camino?</i>
<i>El diseño de Dios para tu familia</i>	<i>Porque el tiempo sí está cerca</i>
<i>Distintos por diseño</i>	<i>Salvos sin lugar a dudas</i>
<i>El evangelio según Dios</i>	<i>Sé el papá que tus hijos necesitan</i>
<i>La gloria del cielo</i>	<i>La segunda venida</i>
<i>Jesús: preguntas y respuestas</i>	<i>Teología sistemática</i>
<i>La libertad y el poder el perdón</i>	<i>El único camino a la felicidad</i>
<i>Llaves del crecimiento espiritual</i>	<i>La verdad para hoy</i>

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

<i>Mateo</i>	<i>Gálatas, Efesios</i>
<i>Marcos</i>	<i>Filipenses, Colosenses y Filemón</i>
<i>Lucas</i>	<i>1 y 2 Tesalonicenses,</i> <i>1 y 2 Timoteo, Tito</i>
<i>Juan</i>	<i>Hebreos y Santiago</i>
<i>Hechos</i>	<i>1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan,</i> <i>Judas</i>
<i>Romanos</i>	<i>Apocalipsis</i>
<i>1 y 2 Corintios</i>	

EL
PODER
DEL
SUFRIMIENTO

JOHN MACARTHUR



Título del original: *The Power of Suffering*, © 2003 por John MacArthur y publicado por Victor Books, una división de Scripture Press Publications, Inc., 1825 College Avenue, Wheaton, Illinois 60187.

Edición en castellano: *El poder del sufrimiento*, © 2005 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5945-0

2 3 4 5 6 / 33 32 31 30 29 28 27 26 25

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

Introducción	7
1. El sufrimiento en el plan de Dios	15
2. Ejemplos de fe en el fuego	41
3. Pablo: Un perfil en el sufrimiento	61
4. El silencio del Cordero de Dios	83
5. Cómo prepararse para el sufrimiento	93
6. Cómo lidiar con el sufrimiento	109
7. Las lecciones del sufrimiento	123
Guía de estudio personal y en grupo	139

Introducción

El ambiente que rodea la iglesia evangélica de hoy día, con el énfasis que se pone en la creencia fácil y el cristianismo en pos de sentirse bien con uno mismo, ha fomentado una actitud no bíblica entre los creyentes hacia la existencia del sufrimiento y la persecución en sus vidas. Además de la aversión natural al dolor y la dificultad, muchos cristianos han incorporado el concepto de que los percances, ni siquiera debieran cruzar su camino. Cuando varias dificultades les sobrevienen, creen que estas dificultades no provienen de Dios. Pero esa no ha sido la mentalidad de los cristianos de la época de la iglesia primitiva.

Un ejemplo importante de cómo los cristianos de otras épocas se enfrentaron a la persecución lo constituye el caso de Martín Lutero, el gran líder de la Reforma del siglo XVI. Incluso antes de que se encontraran en pleno apogeo las polémicas y controversias de la Reforma, a Lutero se le conocía por su fidelidad a la verdad: “La firmeza con la que Lutero confiaba en las Sagradas Escrituras le confería gran autoridad a sus enseñanzas. Pero otras circunstancias favorecían aún más su firmeza. En su caso cada una de las acciones de su vida se correspondía con sus planteamientos. Se conocía que estos discursos no procedían meramente de sus labios: su origen estaba situado en su corazón, y se constataban con todas sus obras” (J. H. Merle D’Aubigne, *The Life and Times*

of Martin Luther [Vida y momentos de Martín Lutero] [Chicago: Moody, 1978], 67).

La postura más conocida de Lutero en favor de la verdad tuvo lugar en la primavera de 1521. Para ese momento ya había sido excomulgado de la Iglesia Romana y se le conocía por casi toda Europa como el crítico de puntera de la iglesia. Lutero enseñó con fervor y persistencia la justificación por fe solamente y la supremacía de la autoridad de las Escrituras. La iglesia se opuso a Lutero en cuanto a estos y otros puntos e intentó silenciarlo energicamente. Se le ordenó comparecer ante una asamblea (La Dieta de Worms) de líderes seculares y de la iglesia en Alemania para explicar sus enseñanzas. La asamblea tenía esperanzas de que Lutero, bajo la intensa presión e intimidación de ser “llamado a comparecencia”, se retractara de sus criterios y le proporcionara un poco de paz a la iglesia y al imperio.

Pero Lutero se mantuvo firme en sus convicciones. Cuando los líderes de la asamblea en Worms insistieron en que se retractara de todos sus planteamientos pasados, Lutero se rehusó:

A menos que me convenza el testimonio de las Escrituras, o el razonamiento más evidente —a menos que quede persuadido por los pasajes que he citado— y a menos que así, ellos por medio de la Palabra de Dios aten mi conciencia, no puedo retractarme ni lo haré; porque resulta arriesgado para un cristiano hablar en contra de su conciencia... He aquí esta es mi postura, y no adoptaré ninguna otra; ¡Que Dios me guarde! ¡Amén! (Citado en *D'Aubigne*, 433)

La forma en que Lutero manejó esta confrontación y crisis personal testificó en favor de la grandeza y suficiencia de Dios. En una coyuntura capital y tan llena de tensión como esa en la vida del Reformador, su respuesta a los sucesos debe haber resultado placentera para el Señor. Lutero no respondió con ira ni cuestionó a Dios a posteriori por sus dificultades. Tampoco se alejó de la

situación con un temor cobarde. Por el contrario, Lutero aplicó las promesas que Jesús hace en Mateo 10:18-20: “y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros”.

Resulta improbable que los cristianos a finales del siglo XX se enfrenten a la clase de oposición a que se enfrentó Martín Lutero a principios del siglo XVI. También resulta improbable que la mayoría de los creyentes se enfrenten a la amenaza inminente del martirio. Sin embargo, creo que resulta más difícil hacer tales aseveraciones con certeza hoy día, que treinta o cuarenta años atrás. Las condiciones en nuestra cultura pos-cristiana y en una iglesia evangélica inestable están cambiando y deteriorándose tan rápidamente que es necesario que los creyentes estén preparados y estén desprotegidos cuando se vean confrontados con persecuciones y varias dificultades. Job 5:7 habla de la condición general de la humanidad y lo que debemos esperar: “Pero como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción”. Con relación a la persecución potencial de los creyentes, el apóstol Pablo es aún más directo: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12).

“El ataque a los cristianos” está ganando popularidad. Se ha convertido en uno de los pasatiempos preferidos de los periodistas de la prensa liberal y entre los liberales de la educación, las artes, y la política. La intolerancia se ha vuelto a poner de moda, y la forma políticamente correcta de la misma es asaltar a los cristianos. Con frecuencia aquellos que predicen la “tolerancia”, el “no ser sentencioso”, y el “intelectualismo” son los más intolerantes.

Una edición del *National and International Religion Report* [Informe Nacional e Internacional sobre religión] informó que en

Nepal en solo cinco meses se arrestaron a diecisiete cristianos, mayormente por evangelizar. Once de ellos serán juzgados y de ser condenados podrían ser sentenciados a tres años de prisión.

Según David Barrett, redactor de *World Christian Encyclopedia* [La enciclopedia cristiana mundial], 300.000 cristianos sufren el martirio cada año: 833 por día. Barrett concluye diciendo que la posibilidad mundial de convertirse en mártir como cristiano es 1 entre 200. Si usted es misionero, 1 entre 50. Si usted es evangelista nativo, 1 entre 20 (Nueva York: Oxford University Press, 1982).

Ciertamente con el incremento del secularismo impío y en la medida que nos acercamos al regreso de Cristo, podríamos esperar que creciera tal hostilidad y persecución.

Con sus tantas seducciones, Satanás usa el sistema del mundo constantemente para atraer y menoscabar a cristianos verdaderos de todas partes. La confrontación de los atractivos mundanos, creo yo, es aún más difícil para los creyentes norteamericanos. Las persecuciones sutiles de nuestra cultura con frecuencia conllevan al compromiso individual o en grupo, proporcionando bastante aceptación de los cristianos y de la iglesia, generalmente para influir en creyentes confiados. En poco tiempo se vuelven apáticos y temen hacer del cristianismo un problema. En un medio como ese se hace cada vez más difícil mantener un testimonio cristiano intachable. En comparación, en sociedades totalitarias donde el cristianismo está relacionado con un alto costo, pudiera resultar más fácil mantener un testimonio consecuente.

Por ejemplo, recuerdo una vez que le pregunté a un pastor ruso si le resultaba difícil pastorear una iglesia local cuando la sociedad y el gobierno eran tan hostiles hacia el cristianismo. Él me respondió: "Resulta fácil. Siempre sabe la postura que adopta todo el mundo. Lo que no comprendo es cómo puede usted pastorear una iglesia en Norteamérica donde los compromisos son tan comunes y sutiles". Si existen pensamientos confusos y expectativas equivocadas entre los creyentes con respecto a las persecuciones, tam-

bién hay mucha mala interpretación con respecto al papel más general que desempeñan las pruebas, los sufrimientos, y problemas en la vida cristiana. Tendemos a olvidar incluso el hecho elemental de que todas las personas viven en un mundo caído. Somos criaturas pecadoras que vivimos en una sociedad corrupta y maldita por el pecado. Los creyentes no deberían quedarse sorprendidos, perplejos, ni resentidos cuando se topan dificultades en esta vida.

Job 14:1 dice: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores”. En el Salmo 22:11 David dijo: “No te alejes de mí, porque la angustia está cerca”. El predicador en el libro de Eclesiastés resumió bien la dificultad de la vida cuando escribió: “Aborrecí, por tanto, la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa; por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu” (2:17).

Jesús nos dice que debemos esperar problemas: “En el mundo tendréis aflicción” (Jn. 16:33). Él mismo no evitó enfrentarse a las dificultades y experimentar sentimientos de angustia: “Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió” (11:33; vea también Mr. 14:33).

En 2 Corintios 4:8-9 el apóstol Pablo, basado en la experiencia personal, proporciona una lista de sus problemas: “estamos atrabulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos”. Hasta el evangelista y misionero más grande de la historia no era inmune a los sufrimientos, a las pruebas, ni a las persecuciones.

Y así vemos que en la soberanía de Dios toda clase de dificultades y percances son reales y se han de esperar en las vidas de cristianos genuinos. Una razón primordial por la que a los cristianos en la actualidad les cuesta aceptar el papel del sufrimiento en sus vidas o en las vidas de amigos o seres queridos es que no han

logrado comprender y aceptar la realidad de la soberanía divina. También muchos no logran ver la adversidad desde la perspectiva de Dios. Al hacer eso, pasan por alto completamente el efecto positivo, fortalecedor, y perfeccionador que las pruebas deben tener en la fe de los creyentes. En el capítulo 1 estudiaremos de un modo más detallado las razones del sufrimiento y analizaremos algunos de los propósitos que Dios tiene con las pruebas y las persecuciones.

En los capítulos del 2–4 analizaremos las vidas de varias personas de la Biblia que enfrentaron y resistieron el sufrimiento de formas extraordinariamente piadosas. Comenzaremos en el capítulo 2 con tres estudios monográficos: Esteban, el primer mártir de la iglesia; los tres amigos de Daniel en el horno abrasador; y Daniel en el foso de los leones.

En el capítulo 3 continuaremos los estudios de nuestros personajes con una perspectiva del ministerio lleno de persecuciones del apóstol Pablo. Desde el principio de su servicio en función de Cristo, Pablo tuvo la perspectiva correcta sobre el sufrimiento y constituyó un modelo de conducta para los creyentes (Fil. 3:7-11).

Nuestro estudio de los modelos de conducta culminará en el capítulo 4 con una consideración de cómo nuestro ejemplo supremo, el Señor Jesús, manejó el sufrimiento. En la medida en que se desarrolle este capítulo quedará claro que la clave para ser como Cristo en medio del sufrimiento y la persecución es ser como Él en todas las otras situaciones.

Los tres capítulos finales constituyen el corazón del libro. En estos capítulos espero con toda sinceridad que juntos podamos examinar el poder del sufrimiento con ciertas aplicaciones prácticas y exhortaciones. La clave real para aceptar y resistir una prueba o persecución específica, o para perseverar victoriamente durante un cierto período de sufrimiento, es el discipulado. En los capítulos 5 y 6 verá que a los creyentes no les hace falta vivir con temor al sufrimiento ni estar completamente desprevenidos

cuando este sobrevenga. Una expectación realista, aparejada con una preparación espiritual sólida, proveniente de la verdad de la Palabra de Dios, es más que suficiente para nosotros al confrontar cualquier crisis.

La conclusión de cualquier estudio bíblico de creyentes y el sufrimiento es la siguiente: es posible, y es realmente el deseo de Dios, que no nos limitemos solamente a sobrevivir o apenas tolerar un período de prueba o sufrimiento. Lo que el Señor quiere es que la experiencia, aunque resulte difícil al atravesarla, sea finalmente positiva, una experiencia que fortalezca y purifique nuestra fe (Job 23:10). En el capítulo 7 nos centraremos en esa verdad.

Mi gran esperanza es que cuando lea este libro incorpore nuevos criterios frescos sobre el papel del sufrimiento en la vida cristiana. Oro a Dios para que desaparezca cualquier duda o concepto erróneo que tenga sobre el lugar que ocupa el sufrimiento en el plan de Dios. Que entonces, por medio de su gracia, se conforme aún más a la imagen de Cristo en la medida en que comprenda mejor el poder purificador que el dolor y la adversidad ejercen en la vida del creyente.

Uno

El sufrimiento en el plan de Dios

La persona promedio que le da seguimiento a las noticias está consciente del aluvión constante de historias negativas, informes trágicos de muerte, desastres, violencia, y toda una variedad de noticias sencillamente desconcertantes que a diferentes grados resultan inexplicables. Durante 1994 ocurrieron varios accidentes de magnitud, incluso un accidente aéreo cerca de Pittsburg y el vuelco en forma de campana de un transbordador en el Mar Báltico. Las personas estaban casi obsesionadas con encontrar los motivos de los incidentes. Es natural querer saber las causas y motivaciones terrenales directas que conllevan a acontecimientos tristes, perturbadores, o trágicos. Por el contrario, la mayoría de las personas se niega a buscar más allá de lo temporal para hallar respuestas espirituales a los sucesos más difíciles de la vida.

Sin embargo, los cristianos bíblicamente cultivados, se darán cuenta de que la soberanía de Dios desempeña un papel en todos los sucesos, desde el más agradable y fácil de aceptar hasta el más traumático y difícil de entender. Pero puede que hasta el creyente más maduro en ocasiones tenga que esforzarse para aceptar o incluso percibir los propósitos que Dios tiene con la adversidad. Aquellos que no reconocen el papel soberano del Señor tenderán a cuestionar el porqué les sobrevienen a ellos los problemas.

Los autores de antiguos himnos con frecuencia tenían una perspectiva propia de la adversidad. Por ejemplo, considérese la letra maravillosa de Samuel Rodigast de la primera estrofa del himno del siglo XVII: “What’er My God Ordains Is Right” [Lo que mi Dios ordene, haré].

*Lo que mi Dios ordene, haré: Santa su voluntad
permanece;
Quieto estaré, haga lo que haga Él, y lo seguiré
a donde me guíe:
Él es mi Dios; por oscuro que sea el camino. Él me sostiene
para que no caiga yo:
Porque en sus manos encomiendo mi vida.*

Podemos contar con la seguridad de que aunque no veamos ni comprendamos el motivo de una adversidad específica y nos atrape desprevenidos, no será así con Dios. Jesús, como Hijo de Dios, sabía que debían esperarse pruebas y persecuciones entre las experiencias de todos los creyentes genuinos a través de los siglos.

Jesús predice la hostilidad del mundo

En medio de su discurso en el Aposento Alto Jesús amonestó a sus discípulos en cuanto a que “si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn. 15:18-19). Este planteamiento sencillamente reafirmó lo que Él había dicho antes en su ministerio durante el Sermón del Monte:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mt. 5:10-12).

Queda claro a partir de esta y otras amonestaciones (vea Mr. 13:9-13) que Jesús percibió animosidad hacia los creyentes por parte del mundo incrédulo, conjuntamente con cualquier dolor o sufrimiento que lo pudiera acompañar, como algo normal y de esperar.

¿Por qué el mundo nos aborrece?

Dos sucesos violentos, ocurridos con cuarenta y ocho horas de diferencia uno del otro, impactaron al país durante la última semana de febrero de 1993. Primero, seis personas murieron y otras mil resultaron heridas en la ciudad de Nueva York, cuando una bomba potente explotó en la base de los rascacielos gemelos del Centro Mundial del Comercio. (Para principios de mayo, ya se habían arrestado a siete hombres que tenían vínculos con grupos terroristas islámicos del Medio Oriente que estaban relacionados con el atentado de la bomba). Luego, dos días después de la explosión de la bomba, cuatro agentes federales fueron muertos durante una redada fallida al complejo del culto de la Rama Davidiana cerca de Waco, Texas. Eso llevó a un enfrentamiento que duró 51 días entre el gobierno y el culto religioso, el cual terminó trágicamente cuando se incendió el complejo, y murieron al menos setenta y cinco personas.

El fanatismo y la intolerancia aborrecible tuvieron parte en ambas historias y tan solo son dos de muchos ejemplos como estos en los últimos años. Hasta un observador superficial de la sociedad moderna hallará incidentes de intolerancia étnica y delitos de odio racial en cualquier gran ciudad norteamericana. También hay mucha animosidad y conflicto entre grupos con criterios políticos y sociales opuestos. Pero ninguno de esos conflictos es tan significativo como el que existe entre los cristianos y el mundo.

Porque nos oponemos al mundo

Primero, el mundo aborrece a los cristianos principalmente porque los cristianos no son del mundo. Culturalmente no formamos parte de la “camarilla”. Nos movemos en contra del flujo secular de la corriente dominante de ideas y prácticas y nos oponemos a los males e injusticias. Hasta nos impacientamos por instar a los individuos a arrepentirse de sus pecados y a convertirse a Cristo. Esta última característica genera la oposición y aborrecimiento más intensos por parte del mundo.

El término “mundo” según se usa en Juan 15 y en otras partes es el equivalente traducido del Griego *kosmos*. En este contexto se refiere al sistema maligno del pecado en el mundo, con la autoría de Satanás e implementado por la humanidad. En términos más crudos, podríamos decir que es la sociedad depravada de seres humanos perversos que se ha puesto a sí misma en contra de Cristo, su reino, y su pueblo. ¿Resulta de alguna manera sorprendente que, con Satanás a la cabeza de un sistema como ese (vea 12:31; 14:30), los creyentes deban enfrentarse a una oposición aborrecible al confrontar esa sociedad?

Disfrazado como un “ángel de luz” (2 Co. 11:14), Satanás presenta su sistema del mundo como una religión falsa. Con mucha frecuencia esta religión se presenta a sí misma ante los cristianos con el disfraz sutil de la piedad falsa, la cual aparenta tolerar a Dios y a Cristo cuando en realidad se opone a la verdad abiertamente y persigue a los cristianos de ser necesario. Con frecuencia tal engaño hace que los cristianos piensen que no hay amenaza de ningún tipo o que se sorprendan cuando les sobreviene la persecución abierta.

Fue un sistema religioso que aborreció tanto a Jesús, que finalmente lo mató. Los religiosos falsos de Palestina lo detestaron porque Él violó su sistema y reprendió su hipocresía con su justicia. Asimismo, Abel en Génesis 4 fue muerto por la religión falsa personificada en su hermano Caín. El versículo de 1 Juan 3:12 nos

proporciona un comentario sobre lo que hizo Caín: “No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas”.

Por la naturaleza del sistema falso de Satanás a través de los siglos, con su oposición maligna e implacable al reino de Dios, resulta importante que los cristianos se den cuenta de que ellos no forman parte del mundo. Dios nos ha llamado a dar el paso al frente por Cristo en medio de una sociedad pecadora. El sistema a la vez el enemigo y el campo de misiones. Pablo exhortó a los filipenses a vivir justamente “para que seáis irreproscibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Fil. 2:15). Esta amonestación guarda buena correlación con lo que Jesús ya dijo en el Sermón del Monte: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder” (Mt. 5:13-14).

Tales exhortaciones exigen que los cristianos sean la conciencia de una generación pecadora y perversa. Si somos obedientes y tomamos con seriedad los mandamientos bíblicos, no nos debería sorprender la hostilidad y la persecución. El propio Jesús se enfrentó a una fuerte oposición por parte del pueblo de su época incluso cuando lo reprendieron de un modo más indirecto con respecto a su actitud espiritual (Lc. 4:25-30).

Porque aborrece a Cristo

Si los líderes religiosos odiaban tanto a Jesús, ¿los creyentes de hoy día pueden esperar que las cosas se les faciliten más a ellos? Jesús responde a eso en Juan 15:20: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra”. Si como cristianos esta-

mos en Cristo y Cristo está en nosotros (Gá. 2:20; Col. 2:10-12), el mundo nos aborrecerá tal como aborreció a Cristo.

Este segundo aspecto de por qué el mundo nos aborrece en realidad nos debería traer felicidad. Si recibimos sufrimiento y persecución del mundo porque representamos a Jesús, experimentamos la fraternidad de sus sufrimientos. Los discípulos en Hechos 5:41, después de ser azotados por las autoridades religiosas por continuar enseñando en el nombre de Jesús, mostraron esta actitud de gozo: “Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre”.

Pablo habló de esa fraternidad de sufrimientos en Filipenses 3:10 y él sabía muy bien a lo que se refería (vea 2 Co. 4:7-18). Las Escrituras dan fe de que Pablo practicaba lo que enseñaba y lo que escribía. (Analizaremos con mayor profundidad más adelante el ejemplo maravilloso de Pablo de enfrentar el sufrimiento.)

Porque no conoce a Dios

Una tercera razón por la que el mundo aborrece a los cristianos es que no conoce a Dios. En Juan 15 Jesús dice: “Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, *porque no conocen al que me ha enviado*” (v. 21, cursivas añadidas). Tal ignorancia de Dios ha contribuido grandemente a una degradación moral y espiritual horrible, ignorancia de la verdad, y hostilidad hacia lo que es correcto. De muchas maneras la sociedad moderna refleja las condiciones en que ministraba Pablo en el siglo primero. Cuando él predicaba en Atenas se dio cuenta de lo equivocada que estaba la religión del pueblo: “Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio” (Hch. 17:22-23).

Pablo descubrió una apatía e ignorancia hacia el verdadero

Dios y una superstición hacia los falsos dioses. Sin el comentario de Pablo, fácilmente podríamos inferir que muchos incrédulos son personas sinceramente morales y religiosas, y que no están afectados realmente por el pecado. Pero una percepción como esa nos puede llevar a restarle importancia a la oposición del mundo o a no ponerle el empuje suficiente a nuestro evangelismo. Con frecuencia no tomamos con seriedad Romanos 1:18–2:2 en su ilustración del pecado natural del mundo y su rechazo voluntario de la revelación de Dios. El sistema del mundo aún no conoce a Dios, no importa cuan tolerante o dispuesto a aceptar pueda parecer cuando obra a través de la religión falsa. Aún así aborrece a los creyentes, aún así nos hace oposición, y por consiguiente, cualquiera que sea la persecución o dolor que recibamos no deberá atraparnos desprevenidos.

Muchos creyentes actúan como si hubieran acabado con el problema del aborrecimiento del mundo, creyéndose amigos del mundo. Pero se olvidan de la amonestación de Juan: “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn. 2:15), o el planteamiento contundente de Santiago: “Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4). Satanás nos tienta sutilmente a sentirnos cómodos en el mundo, a sentirnos como en casa dentro del sistema, y a hacer que el mundo que nos rodea se sienta a gusto. No tenemos intenciones de ofender a nadie, pero eso no es lo que Jesús tenía en mente. Tampoco era ese el método de Pablo:

Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agrado a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de

Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres (1 Co. 1:21-25).

¿Por qué el sufrimiento forma parte del plan?

Hasta el momento en este capítulo hemos visto que el sufrimiento, primeramente como resultado de la persecución, es una experiencia que los creyentes verdaderos pueden esperar. Jesús predijo que habría problemas en esta vida (Jn. 16:33), y los apóstoles lo apoyaron en esta enseñanza (2 Ti. 3:12; 1 P. 4:12). Aunque se acepten como ciertos estos planteamientos con obediencia y fidelidad —después de todo, se encuentran en las Escrituras— aún surgen en la mente de los cristianos las interrogantes de por qué, cómo, y sobre qué base.

Esas interrogantes básicas, las que tendrán todos los creyentes honrados y escrutadores —hasta uno u otro grado en dependencia del nivel de madurez— se pueden responder de acuerdo con una realidad abarcadora. Esa realidad es la soberanía de Dios que, cuando se comprende correctamente y se acepta del modo adecuado, funge como el lente de referencia a través del cual los cristianos pueden ver todas las verdades de las Escrituras con mayor claridad. Conocer de la soberanía de Dios en todas las cosas no quiere decir que nuestra comprensión sea exhaustiva, sino que nos da una esperanza correcta en medio de los aspectos más difíciles y menos claros de su obrar en nuestras vidas (Gn. 18:25; Is. 55:9).

Un estudio completo de la soberanía de Dios se sale del campo de acción de este libro, pero un breve análisis ayudará a ubicar en contexto el origen y causa del sufrimiento. A. W. Pink proporciona este comentario conciso: “Decir que Dios es soberano es declarar que Dios es Dios” (*The Sovereignty of God* [La soberanía

de Dios], edición revisada. [Edinburgh: Banner of Truth, 1961], 20). Luego amplía cómo se ejecuta la soberanía de Dios.

La soberanía del Dios de las Escrituras es absoluta, irresistible, infinita. Cuando decimos que Dios es soberano, afirmamos su derecho a gobernar el universo, que ha hecho para su propia gloria, según le agrade. Afirmamos que su derecho es el derecho del alfarero sobre el barro: El puede moldear ese barro en la forma que quiera, haciendo de la misma masa un vaso para honra y otro para vergüenza. Afirmamos que Él no está sujeto a norma ni ley alguna fuera de su propia voluntad y naturaleza, que Dios es ley así mismo, y que no tiene obligación alguna de dar cuenta a nadie de sus asuntos.

La soberanía caracteriza a todo el ser de Dios. Él es soberano en todos sus atributos. *Es soberano en el ejercicio de su Poder*. Lo ejerce según quiere, *cuando* quiere y *donde* quiere. Este hecho está probado en cada página de las Escrituras. Durante largo tiempo ese poder parece estar dormido, pero de repente surge con potencia irresistible. Faraón se atrevió a poner impedimentos a que Israel saliese a adorar a Jehová en el desierto, y, ¿qué ocurrió? Dios ejerció su poder, Su pueblo fue liberado, y sus crueles capataces muertos. Pero poco después los amalecitas se atrevieron a atacar a estos mismos israelitas en el desierto; y, ¿qué ocurrió entonces? ¿Interpuso Dios su poder en esta ocasión y extendió su mano como lo hizo en el Mar rojo? ¿Fueron estos enemigos de su pueblo inmediatamente abatidos y destruidos? No, antes al contrario, Jehová juró que tendría “guerra con Amalec de *generación en generación*” (Éx. 17:16). Asimismo, cuando Israel entró en la tierra de Canaán, el poder de Dios fue manifestado nuevamente de forma memorable. La ciudad de Jericó impedía el avance de los suyos; ¿qué sucedió? Israel no usó un solo arco ni dio un solo golpe: Jehová alzó su mano y los muros cayeron a plomo. ¡Mas este milagro no se repitió jamás! *Ninguna otra ciudad cayó de forma semejante*. ¡Todas las demás tuvieron que ser tomadas a espada! (*The Sovereignty of God* [La soberanía de Dios], 22–23, cursivas del autor)

A partir de ese análisis podemos inferir que la soberanía de Dios es todopoderosa pero no siempre predecible desde el punto de vista humano. Dios tiene la libertad de hacer o no hacer lo que le plazca en cualquier situación dada, y no está obligado de ninguna manera a repetir la misma acción con relación a cualquier situación subsiguiente o semejante. Es de esta manera que Dios soberanamente decide, como parte de su plan, traer el sufrimiento a las vidas de varios cristianos, en circunstancias diferentes, con resultados variados. En Isaías 45:7, Dios dice “[yo] que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto”. Por su poder soberano “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). Una vez más podemos ver que el campo de operación de Dios es global. Por eso, los sufrimientos, las pruebas, las persecuciones, y toda clase de adversidad a que se puedan enfrentar los creyentes están ciertamente bajo su control soberano y se pueden originar como parte de su plan soberano.

Lecciones aprendidas a partir del sufrimiento

Saber que cualquier sufrimiento experimentado por los creyentes es parte del plan soberano y general de Dios proporciona su propio consuelo. Sin embargo, como con cualquier aspecto de la verdad en la vida cristiana, el conocimiento intelectual no constituye un paralelo exacto del conocimiento experimental. Hasta que sabemos como reaccionamos cuando llevamos a la práctica cierta verdad, la filiación intelectual no cuenta para nada (Stg. 1:25-27; 2:14-17). Poner a prueba la validez de lo que profesan los creyentes constituye una de las razones fundamentales por las que Dios permite el sufrimiento (Job 23:10).

Una manera segura de probar la autenticidad de un diamante

es por medio de lo que los joyeros denominan la prueba del agua. La imitación de una piedra nunca brilla igual que una auténtica, pero no siempre resulta fácil detectar el contraste por medio del análisis común a simple vista. Los joyeros saben que poner un diamante genuino y una imitación uno junto al otro en agua revelará las diferencias. El auténtico continuará resplandeciendo con el mismo brillo debajo del agua, mientras que la imitación pierde prácticamente todo el brillo.

Como analogía de esta ilustración, muchas personas que están muy confiados en la autenticidad de su fe se dan cuenta de que esta falta cuando se sumergen en las aguas del pesar o la adversidad. Se demuestra luego que la supuesta brillantez diamantina de su fe no es más que una imitación. Sin embargo, sumerja al verdadero hijo de Dios en el agua de una prueba y resplandecerá con el mismo brillo de siempre. G. K. Chesterton también usó la metáfora del agua para expresar lo mismo: “Creo en la sumersión en agua caliente. Creo que te mantiene limpio”.

La lección de fe

Al parecer queda claro entonces que la razón más importante por la que Dios nos pone a prueba a través del sufrimiento es probar la fuerza de nuestra fe. Uno de los estudios monográficos clásicos de las Escrituras que ilustra esto es el relato de la prueba de Abraham de Génesis 22. Según mi criterio, fue la prueba más severa a la que cualquier ser humano se haya enfrentado jamás.

En Génesis 22:1-2 dice: “Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré”.

Este mandato no encajaba con la teología de Abraham en lo absoluto. Estoy seguro que le sobrevino un grupo de interrogantes que hacerles a Dios, como por ejemplo: ¿Por qué Tú exiges el sacrificio humano cuando Tú nunca antes habías pedido algo tan

pagano como eso? (Era la antítesis de todo cuanto Abraham conocía como cierto acerca de Dios.) ¿Por qué llegarías a tal extremo de permitir que un esposo y su esposa de casi 100 años de edad, que nunca habían tenido hijos en toda su vida de casados, tuvieran un hijo y luego pedirle que mate a ese hijo? ¿Por qué me prometerías que sería el padre de muchas naciones, con una población tan numerosa como la arena del mar y las estrellas del cielo, y luego pedir que mate al hijo de la promesa?

La idea completa resultaba inconcebible. Era una prueba que no tenía sentido, no en cuanto a la naturaleza de Dios, a su plan de redención, a su Palabra, y a su amor y al amor de Abraham por Isaac. Además de estos factores, esta prueba fue quizás la más severa para un ser humano, porque Dios dijo al propio Abraham que matara a Isaac. Una cosa es ver morir a un ser querido, y otra bien diferente es que te digan que mates a esa persona.

Una lectura sencilla de Génesis 22:3-8 revela cómo reaccionó Abraham en esta crisis:

Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros. Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos.

Abraham reveló una fe sorprendente en esta situación. Él obedeció a Dios de inmediato, sin pregunta ni argumento (v. 3). En los versículos 5 y 8 él expresó, primero que todo, la confianza

íntima que él tenía en que él e Isaac regresarían, y segundo, que Dios proveería un cordero para el holocausto. Esos elementos sugieren que en lo profundo de su corazón Abraham sabía que Dios actuaría en consecuencia con su carácter y con su pacto. Puede que Abraham no haya sabido específicamente cómo actuaría, pero el pasaje demuestra que él tuvo una buena idea.

Génesis 22:9-12 es la parte culminante de la gran prueba de Abraham:

Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.

Este breve examen de este episodio crucial en la vida de Abraham demuestra cómo Pablo puede decir: “Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham.” (Gá. 3:6-7). Abraham estaba preparado para degollar a su propio hijo. Él se mostró sumiso, obediente, y dispuesto a adorar a Dios a cualquier costo. Dios aceptó la disposición de Abraham como evidencia de su fe y lo vistió de justicia.

El autor de Hebreos ofrece un comentario sobre esta prueba: “Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir” (He. 11:17-19). Abraham estaba dispuesto a matar a su propio hijo porque él creía en que Dios cumpliría su promesa de una progenie para Isaac,

aunque el Señor tuviera que resucitar al Isaac muerto, aunque para nuestro conocimiento Abraham nunca había conocido de una resurrección.

Una obediencia extraordinaria como esta ante la más severa de las pruebas nos informa que un creyente en la actualidad puede resistir la más difícil de las pruebas que se pueda imaginar si confía incondicionalmente en Dios. La prueba de Abraham también nos informa que las pruebas que Dios nos pone pueden implicar a personas que queremos mucho y a quienes tenemos en muy alta estima, como por ejemplo hijos, hijas, esposos, esposas, o amigos íntimos. Puede que tengamos que ofrecer a nuestro propio Isaac, entregarle al Señor nuestros seres más queridos. Puede que tengamos que dejarlos andar en el camino de Dios, en lugar de aferrarnos a ellos para que vivan de la manera que preferimos.

Podemos concluir que mientras más difícil sea la obediencia, resulta más excelente. Abraham obedeció a Dios al extremo, y como resultado se convirtió en el modelo de fe. Por eso cualquiera que tenga fe en Dios y por ende esté justificado, es un hijo de la descendencia espiritual de Abraham. Si confiamos en Dios como lo hizo Abraham, podemos estar confiados en cualquier prueba.

El relato de la gran prueba de Abraham en la tierra de Moriah es quizás el ejemplo máximo de una prueba reveladora de la fe. Pero ciertamente no es la única ilustración del Antiguo Testamento que podríamos señalar. 2 Crónicas 32:31 resume las pruebas de Ezequías, puestas por el Señor al plantear que el propósito era “para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón”. Con toda seguridad Dios no tiene que probarnos a ninguno de nosotros para descubrir lo que hay en nuestros corazones porque ya Él lo sabe. Más bien, Él nos prueba para que podamos saber lo que hay en nuestros corazones. En ese sentido Él nos ayuda a hacer un inventario espiritual y un autoexamen. Siempre que Dios nos haga atravesar una prueba severa, nos revelará la fortaleza o debilidad de nuestra fe, y la fidelidad de Dios. Si por gracia mos-

tramos una fe fuerte, eso nos debe alentar a que es real y que se puede volver más fuerte en la medida en que continuemos viendo al Señor en las pruebas (vea Job 42:1-6).

La lección de la humildad

Si usted tuviera que llevar a cabo un estudio sobre qué profesión carecía más de humildad, es muy probable que las personas con las que hablara seleccionaran a los atletas. Los salarios absurdos a los jugadores, la cobertura televisiva dominante, y los ejecutivos de negocios que son feroces competidores que manejan los equipos como un elemento más de sus empresas lucrativas más grandes, han sustituido a los nobles deportistas que poseían integridad y los elevados ideales de imparcialidad, espíritu de equipo, y sacrificio. No podemos imaginarnos a muchas de las superestrellas de hoy día actuando con humildad o mansedumbre ante una gran adversidad o una interrupción maligna que pone fin a su carrera. De un telón de fondo tan negativo, consideremos brevemente un ejemplo positivo de humildad del pasado.

Lou Gehrig fue uno de los jugadores más grandes de la historia del béisbol. Su carrera como primera base con potencialidad como bateador en el equipo de los Yankees de Nueva York terminó casi antes de la Segunda Guerra Mundial. En 1939 se vieron terminados sus días de jugador por la aparición de una rara enfermedad mortal de los nervios y músculos, esclerosis lateral amiotrófica (conocida popularmente como “la enfermedad de Lou Gehrig”). Gehrig se comportó muy bien en medio del sufrimiento y la decepción personal. Su conducta ejemplar culminó delante de una multitud de más de 60.000 personas en el estadio de los Yankees el 4 de julio de 1939: “El día de Lou Gehrig”. En el terreno delante de un grupo de micrófonos que transmitían su voz a otros millones de oyentes, Lou Gehrig concluyó sus observaciones diciendo: “Hoy, me considero el hombre más afortunado de la faz de la tierra”. ¡Qué planteamiento a la luz de sus circunstancias! Su

salud se deterioró de forma estable a partir de ese día hasta su muerte dos años más tarde.

Hasta donde sabemos, Lou Gehrig no era creyente. ¿No debería reaccionar de la misma manera un creyente cuya vida y eternidad está controlada para bien y gloria por Dios, en caso de verse enfrentando la misma prueba? Deberíamos reaccionar de la misma manera si consideramos que una segunda razón por la que Dios envía las pruebas es para *humillarnos*. Él usa el sufrimiento para recordarnos que no confiemos en nuestra fortaleza espiritual más de lo que debemos (Ro. 12:3).

El testimonio maravilloso del apóstol Pablo en 2 Corintios 12 proporciona una de las mejores ilustraciones de las Escrituras sobre este principio: “Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera” (v. 7) Pablo estaba consciente de las revelaciones sobrenaturales que había tenido el privilegio de ver, oír, y experimentar como parte de su ministerio. Él había visto a Jesús exaltado en varias ocasiones después de su resurrección e incluso fue recibido en el tercer cielo. Como resultado, Pablo fácilmente podía haberse tenido en más alta estima de lo que era prudente y aceptable para Dios.

Para preservar su humildad. Dios literalmente azotó a Pablo con un problema crónico muy doloroso: “un mensajero de Satanás”. Eso nos dice que el “aguijón en mi carne” era una persona. “Mensajero” es *angelos* en griego, y en ocasiones se traduce como “ángel”. La palabra se usa 188 veces en el Nuevo Testamento y siempre se refiere a una persona. En 2 Corintios 12 probablemente se refiera a un hombre víctima de posesión demoníaca que dirige la arremetida contra Pablo en Corinto.

La naturaleza misma del problema de Pablo no es tan importante como lo que Dios le estaba haciendo entender a él y a nosotros. Cuando se nos bendice en lugares de servicio espiritual. En

ocasiones Dios considera necesario permitir que los mensajeros de Satanás nos apaleen para mantenernos siendo humilde. Tales problemas nos recuerdan que en nosotros mismos no tenemos fuerza alguna y Él es quien nos permite ministrar. El poder divino se libera a través de debilidades como esas. Cuando nos encontramos desprovisto de toda fuerza, tenemos que reposar en la suya. Por eso Pablo decía: “Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co. 12:9-10).

La lección de rechazar el materialismo

A pesar de las varias fluctuaciones, reducciones, y expectativas económicas cada vez menores que han ocurrido en los últimos años, todavía vivimos en una sociedad materialista. Los creyentes de los Estados Unidos y de otras sociedades industrializadas tienen estándares de vida muy elevados comparados con el resto del mundo. Las comodidades familiares, para no mencionar los nuevos productos y servicios, nos hace caer en un estado de desahogo y nos convencen de que no podemos vivir sin ellos. Nuestra vida cotidiana con tanta rapidez gira en torno a las posesiones: autos, computadoras, muebles, electrodomésticos, inversiones financieras. Todos nos vemos tentados a caer en la trampa de la que Jesús nos advirtió en Mateo 6:24: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”. Las riquezas materiales impedían que el joven rico entrara en el reino de Dios (Mr. 10:17-22).

Por el hecho de que el materialismo puede constituir un tropetízadero tal para los creyentes, una seria reflexión de estos asuntos conlleva a una tercera razón para que el Señor nos someta a prue-

bas: *Para desligarnos de las cosas del mundo.* Mi observación consiste en que la mayoría de los cristianos maduros, en la medida en que transcurren los años, le atribuirán cada vez menos importancia a las cosas temporales que han acumulado. En cierto momento esas cosas eran lo que más se deseaba en la vida, pero gradualmente pierden esa prioridad en la medida que se da cuenta de que no pueden resolver problemas importantes ni aliviar grandes preocupaciones.

Cuando Dios envíe ciertas pruebas o sufrimientos a nuestras vidas, confirmarán la insuficiencia de las cosas materiales para suplir las necesidades más imperantes o para proveer cualquier clase de recursos verdaderos para nuestro período de estrés y dolor. Mediante este proceso el Señor nos revelará nuestra necesidad de desligarnos de las riquezas y posesiones mundanas. O puede que hasta constate lo que muchos de nosotros ya hayamos observado, que las posesiones mundanas y las experiencias temporales son cada vez menos importantes para nosotros cuando nos acercamos cada vez más a Él.

Moisés constituye un ejemplo bíblico maravilloso de alguien que aceptó la necesidad de desligarse de la dependencia de las posesiones terrenales. Hebreos 11:24-26 contiene un comentario conciso del Nuevo Testamento sobre lo que le sucedió a él: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón”.

Moisés se había criado durante cuarenta años en la familia de Faraón y había recibido la educación de un príncipe de Egipto. Había ascendido a la cima de la sociedad de una superpotencia de puntera de su época. No obstante, retiró sus ojos de su posición terrenal de prestigio y participó de los sufrimientos de sus compatriotas, los israelitas, a quienes oprimían como esclavos. En efecto

el Señor hizo de la prueba de Israel la prueba de Moisés y lo desligó de las cosas mundanas.

La lección de la esperanza eterna

Un cuarto propósito que tiene el Señor al enviar pruebas es *Llamarnos a una mayor concienciación de nuestra esperanza eterna*. Para expresarlo con mayor sencillez, las pruebas nos hacen anhelar el cielo. Considere la muerte de un ser querido que era creyente. Si ese ser amado (cónyuge, hijo, algún otro pariente o amigo íntimo) es llamado al cielo, y usted acepta y admite la soberanía de Dios, sin ningún tipo de variación centrará su corazón y su mente en las cosas eternas. Rápidamente desarrollará una relación desinteresada y sin compromiso con este mundo pasajero. Romanos 8:18-24 respalda maravillosamente este pensamiento:

Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos.

El apóstol Pablo sustenta aún más esta premisa en 2 Corintios 4:16-18, donde hace referencia de sus propias experiencias y resume los resultados de sus pruebas:

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva

de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

En 2 Corintios 5:1-8, Pablo agrega:

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.

Incluso aparte del contexto de las pruebas y los sufrimientos, Pablo nos exhorta a poner la mira “en las cosas de arriba” (Col. 3:1-2).

La lección del primer amor

Dios también usa las pruebas y los sufrimientos con el propósito muy importante de *mostrarnos lo que realmente amamos*. Esa era una parte de la prueba del Señor a Abraham en Moriah. La gran pregunta que Abraham tuvo que responder fue *¿Amas tú a tu hijo Isaac más que a Dios o amas a Dios más que a Isaac?* En esa situación la respuesta fue crucial porque Dios estaba preparado para quitarle a Isaac a Abraham si eso le confería a Dios el primer lugar en la vida de Abraham. El Señor también nos prueba para mos-

trarnos el objeto de nuestro primer amor (Dt. 13:3; vea también 6:5; Mt. 22:36-37). Jesús, saca este asunto del primer amor a colación: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:26).

Éste es un planteamiento extremadamente duro si lo asimila literalmente. Pero Jesús no está diciendo que usted debiera odiar a todo el mundo incluso a usted mismo; Él está diciendo que los creyentes deben amar tanto a Dios y a Cristo que, en comparación, parecerá que se aborrecen a sí mismos y a sus familias. Si los cristianos no están dispuestos a poner su interés personal más íntimo muy por debajo de los intereses de Cristo, eso revela entonces falta de amor supremo hacia Dios y que no merecen ser llamados discípulos de Cristo.

Por ende, si usted quiere ser completamente obediente a Cristo, habrá ocasiones en que necesite echar a un lado alguna o todas las peticiones de sus familiares que le impidan tener a Dios como la primera prioridad. Dios podría pedirle que tomara esa difícilísima decisión para probar su lealtad. Él quiere que usted pase la prueba, como lo hizo Abraham, y así demostrar que Él es su primer amor.

La lección de las bendiciones de Dios

Hay otro propósito de las pruebas y el sufrimiento que resulta muy útil: nos enseñan a valorar las bendiciones de Dios. Las pruebas les enseñan a los cristianos que la obediencia es a toda costa, incluso en medio de una prueba difícil, conlleva a las bendiciones de Dios. El raciocinio dice, toma lo que puedas tomar del mundo y andando. La sensación y el sentimiento dicen, haya placer a cualquier precio. Pero la fe dice, obedece la Palabra de Dios y sé bendecido.

Jesús ilustra este propósito perfectamente en Hebreos 5:7-9:

Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas

con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.

Filipenses 2:8-9 ratifica esta verdad sobre Jesús de otra manera: “y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre”.

El hecho de que Jesús fuera completamente hombre así como completamente Dios, no lo eximía del dolor y la dificultad mientras se encontraba en la tierra. Él fue llamado a ser el Siervo sufriente (Is. 53). Jesús aprendió el significado íntegro de la obediencia por lo que sufrió, incluso la muerte en la cruz (vea nuevamente He. 5:8), y por esa obediencia fue exaltado por Dios. El camino a la bendición se transita con frecuencia por medio del sufrimiento, pero siempre por medio de la obediencia.

La lección de la empatía con otros

Algo que todas las personas pueden apreciar es la capacidad de otros para comprender e identificarse con su situación, problema, experiencias inusuales, o sufrimientos específicos de la vida. Ya sea pasar algún tiempo en el hospital y encargarse de que los médicos y enfermeras comprendan el dolor que lo aqueja, o enfrentarse a una muerte o desastre y encargarse de que un amigo sensible sepa lo que usted siente mientras se enfrenta a la presión, resulta tranquilizador cuando otros pueden establecer lazos de empatía con usted. Y ese es otro propósito valioso del sufrimiento: *permitirnos ayudar a otros en su sufrimiento*.

En los versículos iniciales de la segunda epístola a los corintios, Pablo dice que Dios “nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que noso-

tros somos consolados por Dios” (1:4). En ocasiones la razón de Dios para permitir que las pruebas y los sufrimientos nos sobrevengan es para que podamos ministrar mejor después a otros que sufren.

Nuevamente el autor de Hebreos nos dice cómo Jesús ejemplifica uno de los propósitos del sufrimiento. Por medio de sus propias pruebas y sufrimientos como el hombre perfecto, Jesús como nuestro Sumo Sacerdote puede compadecerse de nuestras debilidades y sufrimientos (2:18; 4:15). Él reveló su empatía hacia Pedro durante la Última Cena: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc. 22:31-32).

La lección de la fortaleza imperecedera

Finalmente, creo que Dios permite las pruebas y sufrimientos *para desarrollar en nosotros una fortaleza imperecedera para mayor utilidad*. El puritano Thomas Manton dijo en una ocasión: “Cuando todo está tranquilo y estable, vivimos por medio de los sentidos y no por la fe. Pero la valía de un soldado no se conoce nunca en tiempos de paz”. La verdad de ese planteamiento se ha confirmado muchas veces a lo largo de la historia de los conflictos militares, incluso la experiencia de Norteamérica con equipamiento de alta tecnología durante la guerra del golfo pérsico.

Cuando los Estados Unidos emplazaron sus fuerzas en la región del Golfo a finales de la década del 90 para hacer frente a la invasión iraquí a Kuwait, surgieron interrogantes en cuanto a cómo se comportarían varios misiles sofisticados en situaciones de combate reales. Este armamento se había probado experimentalmente solo durante la década anterior, pero hacía casi veinte años que los Estados Unidos no habían participado en una guerra de envergadura (Vietnam). Sin embargo, para la satisfacción y alivio de los líderes civiles y militares, el *Patriot* y los misiles crucero se comportaron de maravilla en los dos meses que duró el con-

flicto del Golfo. No se podía probar toda la valía de ese armamento en condiciones de entrenamiento. La presión de las condiciones reales del campo de batalla y la oposición enemiga real son los que probaron la eficacia y confiabilidad de los misiles.

A la inversa, las situaciones de guerras intensas también revelan desperfectos en equipamiento o defectos en el comportamiento de las tropas. Basados en estas observaciones, se pueden hacer mejoras. Asimismo, la vida cristiana es una guerra constante (Jn. 17:9-19; Ef. 6:10-18). Dios nos pone en situaciones difíciles de la vida para purificarnos y ayudarnos a crecer (vea Jn. 15:1-2). Al movernos de una prueba a otra, nuestros músculos espirituales se ejercitan, se fortalecen, y se vuelven más útiles. Todo este proceso edifica nuestra resistencia espiritual, la que nos hace mucho más eficaces en el ministerio futuro. Recuerde lo que nos enseña el apóstol Santiago:

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna (1:2-4).

El Señor envía pruebas y sufrimientos a la vida del cristiano por varias razones y con varios propósitos. Las razones pueden variar desde fortalecer nuestra fe, recordarnos nuestra esperanza celestial hasta desarrollar en nosotros una fortaleza imperecedera para mayor utilidad. En ocasiones Dios usa más de uno de estos propósitos a la vez. Como vimos al principio del capítulo. Dios es soberano, y Él usa todos estos propósitos valiosos dentro del campo de aplicación de su gran plan con nosotros.

Conocer las verdades maravillosas de este capítulo con respecto al uso que Dios le da a las pruebas, los sufrimientos, y persecuciones constituyen un consuelo, pero esto es tan solo un aspecto de nuestro estudio. Existe aún la otra cara de la moneda: el aspecto difícil y problemático de la aplicación. La interrogante

práctica que queda es: Sé que debo triunfar a través del reconocimiento de los propósitos soberanos de Dios en esta prueba, pero ¿cuál es el camino a tomar para llegar a ese triunfo? Estoy dispuesto, pero ¿cómo? Y aún podríamos preguntar. ¿Qué cualidades mentales y emocionales son necesarias y útiles al enfrentarnos a la situación? El resto de este libro intentará proveer respuestas bíblicas para esas interrogantes. Comenzaremos analizando algunos grandes modelos de conducta y cómo resistieron el sufrimiento de una manera piadosa.